

CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

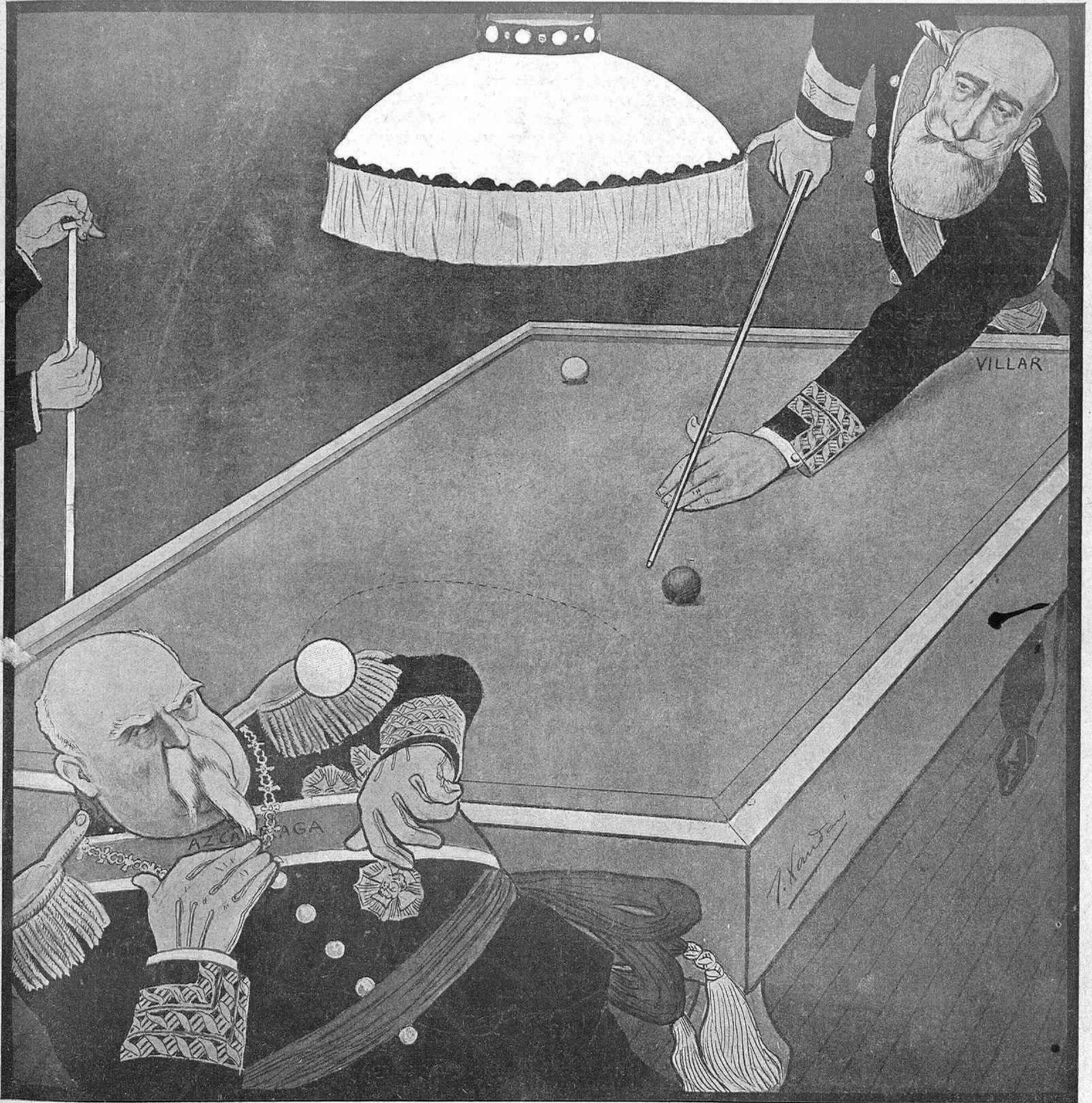
10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES. 2 DE FEBRERO DE 1905

NUM. 480



¿QUÉ HA SIDO LA CRISIS DE AZCARRAGA?

UNA MALA PARTIDA DE VILLAR... Y VILLATE

JUEVES DE GEDEÓN



Has visto tú, Calínez, por esas calles de Dios á una señora bastante entrada y aun salida en años, algo prominente y ajamonada, un tanto teñida de pelo y otro poco embadurnada de rostro, que viste trajes llamativos y va dirigiendo á diestro y siniestro miradas incendiarias?

—No, Gedeón, no he visto á esa señora; pero he visto á D. Raimundo Fernández de Villaverde y García del Rivero, hombre ya de cierta edad y de muchos apellidos, con algo de Azcárraga en la región abdominal, bigote crespo y nariz graciosamente achatada, que va por los campos de la política dirigiendo lánguidas y sugestivas miradas al Poder, y en cuanto alguien le dice «Pasa, moreno», ya está en el Gabinete con todo formado.

—Pues de esa señora se dice por ahí que padece una enfermedad extraña, una dolencia que le impulsa al amor, sin que ella pueda contenerse. La vista de un individuo del sexo contrario le sugestionan y arrastra con fuerza avasalladora. Una mezcla explosiva de lo erótico y lo patológico.

—Tapa, tapa. Conozco perfectamente ese mal. ¡Lo mismo lo sucede á D. Raimundo en cuanto ve la Presidencia del Consejo de Ministros! Cae en la patología sin salir de las encantadoras regiones del amor. Dos cosas grandes se han realizado en pocos días: la entrada de Villaverde en el Poder y el estreno de *La boleta de alojamiento*.

—Y bien puedes decirlo, sobre todo por lo que respecta á lo último. ¡Es una obra francamente alegre, digna del marqués del Vadillo en los ratos que trisca y retoza, olvidándose de que la Naturaleza le plantó máscara triste! Vitor por *La boleta de alojamiento*, que ha venido á curarnos de tantas penas. Pero dime, Gedeón, ¿y Villaverde, á qué ha venido?

—Pues ha venido merced al propósito que todos tenemos de que continúen viviendo las actuales Cortes.

—¡Ah, ya! ¿Van á emprenderse más obras con dinero del Estado en las fincas de Romero Robledo?

—No, hombre; ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

—Mucho, porque con otras Cortes Romero Robledo no sería presidente del Congreso, y no siendo presidente del Congreso y hombre temible en concepto de tal, ningún Gobierno le regalaría muchos miles de pesetas, sacadas á puño al contribuyente, para que él se beneficie con sus escarolas y sus remolachas.

—¡Caramba! puede que tengas razón.

—De donde se deduce, Gedeón amigo, que las actuales Cortes son la finca más productiva de Romero Robledo, y por esa circunstancia creí yo que se trataba de prolongar todo lo posible su

existencia. En esta persuasión, imaginaba proponer que se borrara del frontispicio del Establecimiento el letrero que dice «Congreso de los Diputados», sustituyéndole con este otro más expresivo é insinuante: «El Romeral y el Río.» Pero si no son esas las causas, ¿cuáles nos fuerzan á prolongar la vida de las Cortes?

—Verás, tú, Calínez: esto de la política tiene muchos intrínquilis, y no es posible dar una explicación clara y concreta de ciertas cosas, sino muchas y muy confusas y hasta contradictorias explicaciones. Villaverde viene al Poder para prolongar la vida de las Cortes, pero Villaverde viene también al Poder para no abrir las Cortes; ó, como si dijéramos, Villaverde viene al Poder para fumarse una colilla, pero Villaverde viene al Poder para tenerla apagada mientras la fuma.

—¿Y cómo es posible eso de fumar una colilla sin encenderla?

—Tendrías razón si me dirigieras tal pregunta tratándose de los gobernantes y aun de los fumadores de otra nación cualquiera. ¿Pero qué milagros no son capaces de realizar nuestros hombres públicos, y en España! ¿Cómo fumará Villaverde esa colilla de Poder que le hemos otorgado, teniéndola constantemente apagada? No lo sé, ¡pero la fuma!

—Por mí, ¡allá él! Bueno, ¿y nos la saneará mientras tanto?

—¡Ay, Calínez, hartos le cuesta al infeliz! Pero obligado á prolongar las Cortes teniéndolas cerradas, prescinde por ahora de aquel magno y salvador proyecto en el que tenía puestas todas las niñas de sus ojos.

—Yo creí que no eran tan niñas. ¿De modo que nuestra peseta seguirá enferma para que vivan las Cortes cerradas?

—Así parece.

—Te digo, Gedeón, que no lo entiendo.

—Ni nadie. El único que lo entiende es Romero Robledo. Los demás, ¡ni agua!

—Pero dime por tu vida, Gedeón, pues voy sintiendo en mi cerebro las ráfagas de extrañas alucinaciones. ¿Por qué cayó D. Marcelo? ¿Por gordo?

—No, Calínez, porque quería abrir las Cortes, acompañándole en tal propósito todos sus colegas, salvo Cobián y Villar, y éste ¡oh caso extraordinario! después de pensarlo mucho.

—Bien; entonces, ¿es que las Cortes no se deben abrir?

—Claro.

—Y si no se deben abrir, ¿es que son perjudiciales?

—Justo.

—Y si son perjudiciales, ¿por qué se prolonga su vida?

—Mira, Calínez, que te conteste Villar si le da la gana. Yo me hago un lío, y él piensa á las veinticuatro horas.

—Perfectamente, se lo preguntaré á Villate. Vamos á otra cosa. De los seis ministros que acompañaban á Azcárraga en su propósito de abrir las Cortes, tres, Vadillo, Lacierva y Ugarte, ó sea lo más florido de la *ménagerie*, son también ministros con Villaverde, el cual ha venido al Poder con el propósito contrario. ¿Por qué continúan siendo ministros esos señores?

—¡Pobrecitos! Y si no son ministros, ¿qué van á ser? No sirven para otra cosa.

—Pero se podían dedicar á confeccionar flores de papel ó á escardar cebollinos, pongo por caso.

—¿Y á ti qué daño te han hecho, Calínez?

—A mí ninguno, Gedeón; á la lógica, al sentido común, hasta á la Ética de Silvela. ¿No pensaban con D. Marcelo que se deben abrir inmediatamente las Cortes? ¿Pues por qué piensan con Villaverde que no se deben abrir las Cortes?

—¡Pero si es que no piensan!

—¡Acabáramos! Tienes razón. Lacierva, Vadillo... justo. En todo caso, Ugarte... Me has convencido. Nada, que sigan en el Poder, y retiro todas las increpaciones que les dirigía. Son ministros á todo pasto; bueno, pues que sigan sobre el presupuesto.

—¿Ves tú, Calínez, cómo con un poco de reflexión se aclaran y concilian las cosas más complicadas y, al parecer, heterogéneas? ¡Quién sabe si á puro reflexionar fría y tranquilamente daríamos con la razón de la sinrazón de que deban vivir unas Cortes cuya apertura es perjudicial y contraproducente! Por mi parte, me propongo dedicar al examen de este interesante punto cuatro ó cinco vigiliadas de la Cuaresma próxima. Mientras tanto, puedo anticiparte una buena noticia. ¿Te acuerdas de aquel famoso *Ratón pelao* que armó cisco tan grande en el Congreso?

—Sí, y también se acordará Sánchez Guerra.

—Por fin va á ser absuelto.

—¡Pero, hombre! ¿No quedó demostrada su culpabilidad en pleno Congreso, originando hasta una crisis chicha primero, y quién sabe si la caída de Maura después?

—Pues, nada, le absuelven como si fuese puro cual el aliento de las vírgenes que rodean el trono del Altísimo.

—¿Entonces las Cortes no sirven para nada?

—Tú lo has dicho.

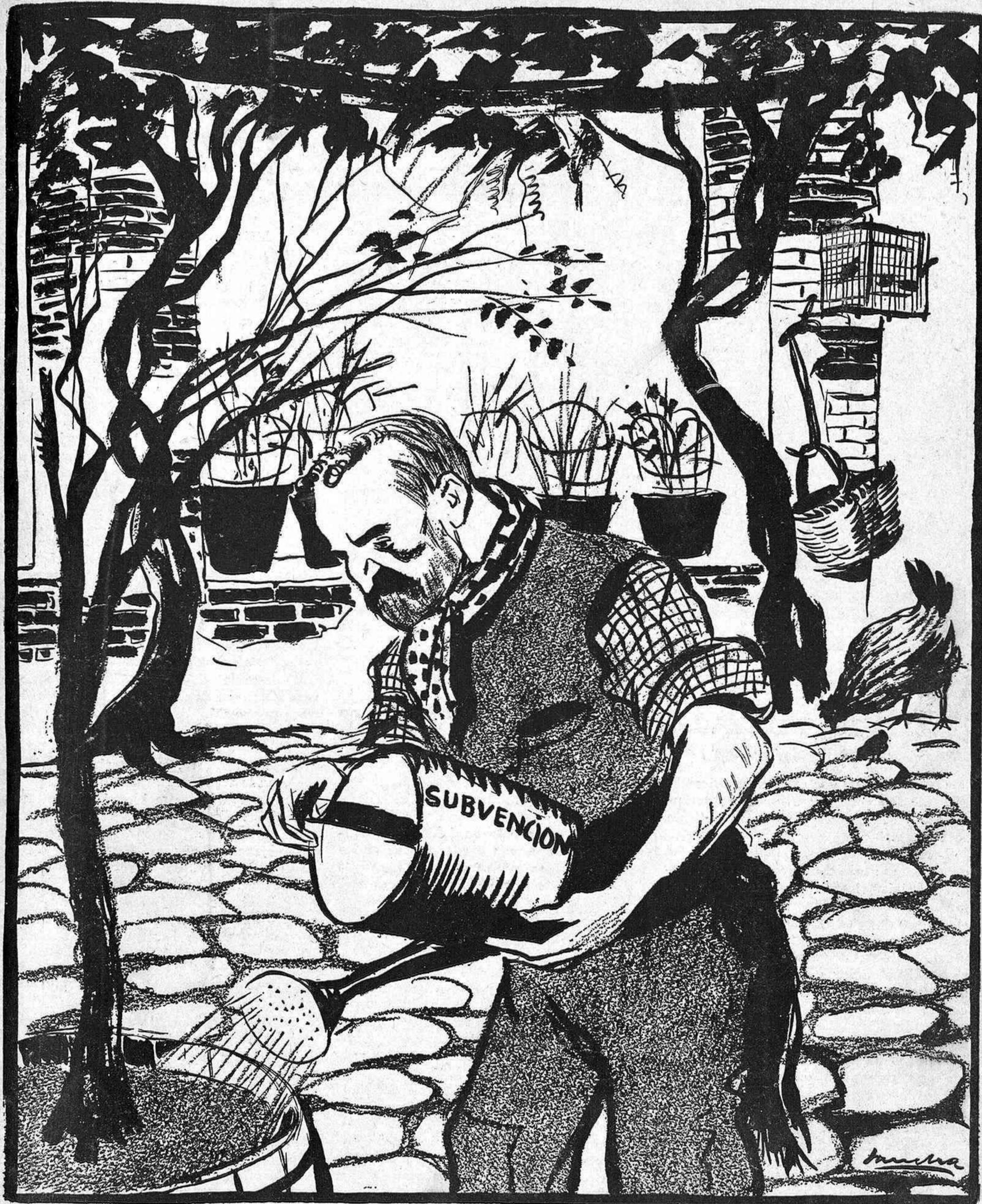
—Me parece muy bien que las tengan cerradas herméticamente.

—¿Ves, hombre?

—Pero entonces, ¿para qué prolongan su existencia?

—¡Dale bola! Para que viva Romero Robledo.

—Prefiero el *Ratón pelao*. ¡No tiene fincas!



CULTIVEMOS NUESTRO JARDIN...

Después de salvar su fuero
se ha convencido por fin,
y hoy se entretiene Romero
cultivando su jardín.

Frutos dará de primera
cultivo tan singular,

pues llena su regadera
con el agua nacional.

Con ella apaga su fuego
y alimenta su ilusión...

¡Ahora es el himno... del Riego
provechoso á la nación!

Y aunque la envidiosa crítica
se expande á su placer,
la hidráulica es la política
que se debe defender.

¡Vitor al hombre sincero
que logra el agua por fin!...

¡Vaya un Cándido, Romero
cultivando su jardín!...

Apagará sus ardores
cultivo tan singular...

¡Y esto son aguas mayores!...
¿Qué abono más natural?

ULTIMO RETRATO DEL PRESIDENTE



EL PRESIDENTE ES EL QUE ESTÁ ARMADO

¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

L levábamos ya varios días practicando la teoría del palo único y contundente, ó sea del palo adjudicado á un solo autor.

Esto no puede continuar así, como se dice ahora siempre que se trata de cualquier Ministerio-puente de los que tanto gusto están dando.

¿Conocen ustedes la bonita frase entre sardónica y maquiavélica de nuestro inolvidable Silvela (D. Francisco), el ingeniosísimo historiador de la *Ética*, que ha abandonado la política con objeto de consagrarla todas sus vigiliass con mayor comodidad?

Un cinematógrafo...—han dicho aquellos labios florentinos de donde el aticismo fluye cada vez más refinado, hasta el punto de que á muchos nos parece una verdadera tontería ó una simple y pura vaciedad.—Sí, sí... Un cinematógrafo... Yo, Villaverde, Maura, Azcárraga... luego Villaverde otra vez... visiones fugitivas... un cinematógrafo... ¡ah! qué gran artista pierde el mundo con estar yo fuera de la política. (*Esto último dicho al paño, con una voz como la que le queda al amigo Díaz de Mendoza en el cuarto acto cuando las obras, por desgracia, tienen más de tres.*)

En el fondo, lo que le molesta á don Francisco es ver que Villaverde sostiene brillantemente su ya tan vulgar y conocida tradición.

Con cierta envidiosa melancolía mal

disimulada comprueba D. Paco que no era una leyenda lo de que D. Raimundo repite.

Siquiera sea valiéndose, como sostén y auxilio principalísimo, del gallego del cuento, que es, naturalmente, González Besada.

Cuando se lo dijeron á D. Paco, sintió el frío de una daga florentina en no sabemos qué entrañas (sus íntimos aseguran que no tiene eso), y exclamó con una admiración que también á Dato le conmovió un poco:

—Raimundo repite... y con Besada y todo.

Dato meneó suavemente la cabeza agitando los vaporosos rizos, que quisieran ser trovadorescos, y son ¡á buena hora rizos verdes!

También él sentía cierta secreta y voluptuosa envidia, porque cuentan las crónicas...

Pero ¿qué íbamos á decir aquí? Volvamos á nuestros autores y á nuestro *papel vale más*.

Rápidos como el cinematógrafo de Silvela, han pasado ante nosotros estos días innumerables libros, unos más malos que otros, pero ninguno *acceptable*, como dice *El Barquero* cuando habla de un par de banderillas al relance.

¿Ustedes no han pasado por el duro y lamentabilísimo trance de leer las *Primeras notas*, de D. José Toral Sagristá? Pues agradézcannos ustedes el aviso y apártense cuando vean pasar por su lado semejante carretada de ripio y cascote.

El Sr. Toral Sagristá es de Valladolid ¡velay! y además, según sus tarjetas,

abogado y *director de Revista Jurídica*, escrito así, que es como si Romero se titulase «director de Correspondencia de España», ó Romero Robledo «presidente de Congreso de los Diputados», ó el conde de Cheste «director de Academia Española».

Mire, Sr. Toral, el artículo no se puede suprimir así, á capricho, aun cuando lo hicieran los fundadores del *Heraldo de Madrid*. Estuvo muy mal hecho, y ya el colega tiene buen cuidado de no suprimir el artículo cuando habla de sí mismo; y si nos hiciera caso, un día volvería á ponerlo en la cabecera, porque salir así, sin artículo, no está bien: créanos, que de veras se lo decimos, D. José Canalejas, de la Academia Española. Es así como salir á la calle sin corbata, lo cual no puede ser más grave en un periódico donde escribe el gran Morote. Y el director y redactores del querido colega tampoco se llaman director y redactores de *Heraldo*, sino del *Heraldo*, como es natural y castellano.

Por consiguiente, si el Sr. Toral y Sagristá no sabe ni redactar sus propias tarjetas de visita, imagínense ustedes lo que hará componiendo versos patrióticos, eróticos, filosóficos y mariposeantes.

Las *Primeras notas* del Sr. Sagristá, en toda justicia, deben ser unos cuantos suspensos... y nosotros le impondríamos también la pérdida del curso.

Son muy malos esos versos, aquí y en Valladolid.

Son dignos del alcalde Sr. Vaquero Concellón, que, según parece, también es un *vate* regularcillo.

Desagradabilísima es asimismo la novela *Eslabones de carne*, que ha tenido la poca precaución de publicar y la imprevisión de remitirnos D. Manuel Sevilla R. de Matas.

Este señor está, en materia de artículos y en lo referente al uso de esa interesante parte de la oración, á igual altura que el Sr. Toral y Sagristá. Sagristá escribe *director de Revista Jurídica*, como si no hubiese más que una Revista de esas en el planeta: y, en cambio, Sevilla R. de Matas escribe Sr. *Director de El Gedeón*, ignorando que *Gedeón* es nombre propio de un personaje bastante acreditado en el Antiguo Testamento y también de nuestro ilustre jefe el conocidísimo ex diputado por Madrid. No está bien dicho, pues, *El Gedeón*, como no está bien dicho *Heraldo*.

Media vuelta á la derecha es lo mismo que media vuelta á la izquierda, sólo que es todo lo contrario, Sr. Sagristá y señor R. de Matas.

Eslabones de carne, como su título, si eso es título y no un apodo, quiere dar á entender, no es nada. El Sr. Sevilla R. de Matas escribe muy mal, y como además no tiene nada importante que comunicar al respetable público, hará perfectamente en dejarse de tonterías y no publicar la novela *Diva*, que anuncia tener en preparación, y que de seguro es... lo contrario de su título: completamente *indina*.

Pues ¿qué diremos de la *novela china Yang-Hun-Toy*, que ha traducido del ruso ó de cualquier otro idioma *equivalente* el Sr. T. Orts-Ramos, y de las desventuradas novelas de Wells ¡pobrecitas! que están publicando serosamente derra-

¿POR QUÉ LE HAN HECHO A USTED MINISTRO?



BESADA

A mí, porque soy la mano derecha de D. Raimundo... y ya le hago mucha falta.



LACIERVA

A mí, porque quería ir á las Cortes y... claro... como no vamos...



MARTITEGUI

Yo voy á Guerra porque, después de César, yo ó viceversa.



GARCÍA ALIX

Y yo á Hacienda, porque como tengo este geniázo...



COBIÁN

Yo, por quedarme con Villaverde, que es lo que priva ahora.



VILLAUURUTIA

Guten morgen. Very well. Mi no entender palabra, ¿n'est-ce pas? Como la crisis haber sido en castellano, y es la sola lengua que no manejo pas...



UGARTE

A mí me dejan por sagaz, como á otros les dejan por imposibles.



VADILLO

¡Bee... bee... beendito sea Dios! ¡Ayer en Gobernación, hoy en Agricultura! Mientras no me echen del monte, menos mal.

madas al castellano de la Rambla del Mitj los Sres. Guarner, Taberner y Compañía, editores de una cosa que se titula *La mala vida*, digo, *La vida literaria*?

Hay muchas cosas que no comprendemos, entre ellas por qué ha sido llamado Villaverde y por qué sigue Cobián en Marina; pero aún más incomprensible que estos arcanos es para nosotros cómo habrá seres capaces de comprar las traducciones publicadas por Guarner, etcétera; las de Maucci, las de Sopena y demás editores cosmopolitas de *Barna*.

¿Qué gesto pondrá un lector de esos libros cuando vea, si es que lo ve, que no entiende una palabra de cuanto ha leído? Estos editores y estos traductores sí que nos parecen á nosotros *Los primeros hombres en la luna*, ó como quien dice, caídos de nuestro apreciable satélite y procedentes de una novela de Wells traducida por Orts-Ramos ó por cualquier otro ser fantástico. Porque, la verdad, leyendo esas cosas se imagina uno que no existen ni Orts-Ramos, ni Taberner, ni nadie, y que está uno sumido en una especie de

fantástica pecera que en vez de agua tiene goma líquida ó algún otro líquido glutinoso.

¡Qué desvarío, caballeros, qué pesadilla! Las traducciones barcelonesas van á acabar con el poco cacumen que nos quedaba para ir defendiéndonos. El Gobierno debería tomar medidas para acabar con esto.

Ya que no arregle lo de los cambios, no estaría mal que arreglase esto D. Raimundo. ¿No dice él que no tiene miedo á las medidas?

LA CRISIS

¡Claro!... La crisis pasada, que ha sorprendido á la gente, por lo imprevista y urgente fué bastante comentada.

Nadie, cuando don Marcelo contentó á propios y á extraños, pudo pensar que á sus años le iban á tomar el pelo;

pues si él, haciendo un favor, tomaba el Poder sin gusto, ¿pudo esperarse un disgusto como premio á su valor?...

Ya se supo, cuando vino, que no se iba á hacer eterno con aquel pseudo-gobierno que era, no más, interino; mas estos que ahora se ven frente á los mismos apuros, ¡ay! no harán los huesos duros... ¡son interinos también!

Yo miro con desconsuelo cambios tan superficiales, pues me parecen iguales don Raimundo y don Marcelo.

Que su diferencia escasa de Azcárraga es en favor... ¡Tan gordo!... ¡tan buen señor!... ¡Como para andar por casa!

Y hoy en la nuestra sentimos un duelo justificado, ¡porque no en balde, á su lado, de corazón, estuvimos!

¿Y ahora qué?... A decir verdad, con este pobre relevo no ha de ocurrir nada nuevo: ¡síguelo la interinidad!...

¡Y es que el adverso destino, para los males presentes nos da ministros suplentes en un Gobierno interino!

¡Ingratitudes humanas! A Azcárraga, el alma buena, se le tuvo en cuarentena... ¡lo mismo que á las tercianas!

Cuarenta días no más su interinidad duró, y la de Villar, Campóo, Cárdenas y D. Tomás...

César, á quien envidié, cayó en el primer saludo; Aguilar apenas pudo calentarse el bisoné;

Cárdenas, tras largo aguante para sentirse eminente, se halló ministro saliente cuando era ministro entrante; y Tomasín (¡qué oportuno!) también murió en el atranco... ¡Saltó de un Banco á otro banco, y se quedó sin ninguno!

¡Pobres ministros ligeros, rápidos, breves de veras...! ¡Ellos, más bien que carteras, han tenido... tarjeteros!



LOS DEMÓCRATAS

Nuestro maestro Gedeón, que se desvive por las informaciones sensacionales, y que en cuanto terminen los sucesos revolucionarios de Rusia mandará á San Petersburgo á Calínez, redactor-corresponsal con «remitan fondos» libre, ha dirigido á los más conspicuos demócratas la pregunta siguiente:

¿Qué mal efecto les ha producido á ustedes el llamamiento al Poder de D. Raimundo Fernández de Villaverde?

Las contestaciones se anticiparon casi á dicha pregunta, y á continuación publicamos tres de ellas, advirtiéndoles á

nuestros escasísimos lectores que están versificadas las tres.

Saboréelas el público, y diga con nosotros: «¡Qué hambre no tendrán los demócratas, que ya hablan en verso!»

Hélas aquí:

LA DE DON EUGENIO

«Tenía ocho estufas en derredor mío, y á más un brasero repleto de cisco, para calentarme los pies con que escribo. Cuatro camisetas y tres calzoncillos de lana tupida junto al cuero vivo. Medias en las piernas, calzado de abrigo, y con sus neumáticos como los triciclos. Dos ó tres chalecos de punto y seguido y una americana de astracán sencillo. Llevo con burletes en los intersticios cinco pantalones —creo que eran cinco— y uno con dos piernas para cada sitio. Encima de todo, un ruso magnífico; encima del ruso, seis yernos políticos; y me lo dijeron, ¡y me quedé frío! Beso á usted la mano.

E. Montero Ríos.»

LA DEL MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMILLO

Al saberlo, mi emoción fué tan grande y tan completa, que solté una interjección, aquélla que acaba en * * *

Aún no se había perdido el eco, y yo sin trabajo disparé muy decidido aquélla que acaba en * * *

Por fin, no sin violencia, cerré mis interjecciones con una de gran potencia que es doble y acaba en * * *

¡Vea usted, Gedeón, si esa crisis maldecida me obligó á jurar á mí, que no he jurado en mi vida!

El Marqués de la Vega de Armilillo en diez!

Y FINALMENTE LA DEL SR. CANALEJAS

Texifonte Gallego entró en la Redacción echando fuego.

—Don Pepe, ¡esto se pierde!— gritaba.—¡Que han llamado á Villaverde!

—¿A D. Raimundo?—Al mismo D. Raimundo; ¡ya sobramos nosotros en el mundo!—

A todo esto vi á Francos con Arpe y el Barquero por los flancos, y el fiero notición dejó perláticos tres autores dramáticos.

—¿Qué hacemos los demócratas, ¡oh rabia! sino vivir en Babia?—

clamaban todos con airadas quejas; y yo fruncí las cejas.

En esto un abejorro se lanzó á mi cabeza, y alocado,

—¡Que me traigan el gorro! grité.—¿Qué gorro?—El gorro colorado.

¡Aquél de forma frigia que he de llevar á la laguna Estigia!

Ya del gorro dispongo, mas mil dudas me asaltan. ¿Me lo pongo, ó espero un año? ¡Cielos! ¡otro año!

¿A sufrir nuevamente un desengaño? ¿Qué le parece á usted de todo esto?

—Pues nada, Don José, ¡que se lo han puesto!

Este último verso, ó lo que sea, pertenece á Gedeón. La carta del Sr. Ca-

nalejas terminaba en la pregunta anterior.

En el próximo número seguirá la racha, si no han fallecido ya los demás demócratas por mal nombre.



65

Nunca hemos creído nosotros en las ventajas de la Estadística, ciencia que cultiva con esmero el Instituto de Reformas Sociales. Sin embargo, algunas veces nos ha proporcionado estupendas alegrías y satisfacciones imprevistas.

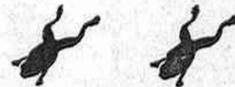
Ahora mismo, *La Epoca* acaba de servirnos un bocadillo estadístico que nos obliga á batir palmas en honor de la susodicha ciencia. Por el anciano diario, órgano inmutable de todos los Gabinetes conservadores, nos hemos enterado del número exacto de ministros devorados en todas las crisis *acaecidas* desde la jura del Rey hasta el momento en que escribimos estas líneas,

Son 65... La cifra es bastante respetable para tomarla en broma... Y como nosotros no la podemos tomar en serio, nos limitamos á consignarla para que circule y llegue á conocimiento de los escritores fundamentales, sociológicos, regeneradores y demás especies de la familia de los plumíferos, orden de los opusculares (*homo quodlibético*, de Linneo).

Con la autoridad que á nosotros nos falta, ellos podrán estudiar el estado presente de los negocios públicos, merced á tan divertida danza macabra ministerial, deduciendo las oportunas consideraciones.

¡65 ministros!... Según *La Epoca*, 44 eran ya conocidos y 21 completamente nuevos. ¿No cree, sin embargo, que es algo audaz incluir entre esos 21 á los que como Cárdenas, por ejemplo, aun figurando como nuevos, estaban ya envejecidos por la espera?

¡65 ministros! El número nos gusta y pensamos jugarle en el próximo sorteo de la Lotería Nacional. Tenemos el presentimiento de que saldrá premiado con el gordo. Y si no el primer premio, nuestro 65, como Villaverde, tendrá una aproximación.



RÉFORMA

Fabio, los guardias que hoy ves con aspecto deleznable, desde primeros de mes irán á tirar al sable y á una clase de francés.

Si ahora los huyes, y si su presencia te da grima, los acercará á ti cuando conozcan la esgrima, cuando te contesten «¡oui!»

Su coronel, hombre fiel al progreso, que es su norma, mezcla el aula y el cuartel y les suelta esta reforma... ¡Plácemes al coronel!

No es muy precisa, en verdad, la esgrima, por lo que he visto, pues cuando hay necesidad le dan un sablazo á Cristo con toda seguridad;

mas tan justa previsión yo celebro de buen grado...

¡que es de buena educación el que nos digan «¡tocado!», si nos hacen un chichón!

Lo de la lengua sí que es magnífico, si se toma con el debido interés...

¡No hacen nada en nuestro idioma...!

¡Tal vez lo hagan en francés!

¡Oh reforma excepcional que así, á precios reducidos, llenará la capital de guardias bien traducidos, sin acento regional!

Si así el arte y el saber se juntan, ya se adivina que muy pronto hemos de ver dos Pinis en cada esquina con sus gotas de Voltaire!



... Y armas al hombro

Seguimos muy preocupados con las cosas de *Petersburgo*.

Hasta que han estallado los últimos desórdenes, como dice *España*, que, por cogerse los telegramas con un papelito, llama *agitación en Rusia* á las barbaridades allí ocurridas, todos creíamos que la capital de Rusia se llamaba *San Petersburgo*, lo cual significa, si no estamos trasladados, *ciudad de San Pedro*.

Pero á consecuencia de esa *agitación* que les ha costado las cabezas á varios millares de apreciables sujetos (demasiado sujetos, por desdicha suya), hemos acordado tácitamente suprimirle á *San Petersburgo* el *San* de un plumazo, que parece otro *ukase*.



Siguiendo este procedimiento, el día ménos pensado vamos á publicar telegramas concebidos en estos términos:

«*Sebastián, 12* (por *San Sebastián*). Subleváronse bañeras. Bañeros excitadísimos. Témense terribles desórdenes.»

O bien así:

«*Tander, 2*. Horrible erupción chistes *Estrañi*. Tropas sobre armas. Descubier-to depósito fusiles. Almanagues estremé-cense.»

O de este modo:

«*Toña, 4*. Rebelión en el penal. Penados quitaron *San* al presidio y pusieron-se jugar á lo que quedaba.»

Y acabaremos por irnos al manicomio de *Baudilio de Llobregat*, ó á pedir que haga un milagro *Tiago de Galicia*.

Romero Robledo, en vista de que han de permanecer cerradas las Cortes, prepara un viaje al *Romeral*.

No lo han dicho los periódicos, pero nosotros le hemos visto hacer un preparativo indispensable para pasar una temporada en el campo.



Ha estado arreglándose un hermoso *Panamá* que le regalaron *D. Marcelo y Cárdenas* antes de irse del Gobierno.

También los servidores y dependientes del Congreso toman sus precauciones para pasarse unos cuantos meses, tal vez años, en la más dulce y envidiable ociosidad.

Sabemos que los maceros han puesto ya las dalmáticas en el guardarropa con buena provisión de alcanfor y pimienta.



Así, cuando vuelvan á abrirse las Cortes, si se vuelven á abrir, no habrá nada apollado más que el sistema parlamentario.

Porque no vayan ustedes á figurarse que las Cortes se abren.

Ya se sabe lo que *Maura* le ha contestado á *Villaverde* cuando éste le pedía el auxilio de la mayoría para hacernos felices.



La expresión no la conocemos á punto fijo, pero ha sido algo semejante á «*Magras del Perú*», como decimos en la calle de *Mira el Río Alta*, si que también á las veces en la del *Mediodía Chica*.

—*Magras... magras...*—ha repetido *Villaverde* meditabundo, como si no comprendiese el timo.

Y luego, por analogía, ha recordado su pasada juventud... y ha derramado una lágrima masculinizando sus recuerdos.

Lo que es muy gracioso, y si no pareciese inmodestia lo calificaríamos de eminentemente gedeónico, es la actitud de los hombres de los treinta y siete *vermouts*, es decir, de los liberales.

Había ya entre ellos muchos que tenían abierta la boca para coger la tajada, y ¡zas! la han visto desvanecerse como... como se desvanecen otras tajadas en aplicándolas el amoniaco, ó sea el *prifume*, que dicen los profesionales del *Curdistán*.

En vista de tan lamentable decepción, más de cuatro liberales andan por ahí revolviendo las estampas de la *Revolución francesa* y de la *rusa* y tomando actitudes de *Robespierre* y de *Marat*, traducidos por *Maucci*.



Ya se habla de la formación de un club de los *Jacobinos*, como el que dicen que hay organizado en *Petersburgo*.

Jaco... vinos y cervezas. (¡Ay! ustedes perdonen.)

Nosotros no creemos que los liberales

lleguen á mayores en esto, porque sería jugarse la jamancia en tonto.

Pero tanto van á empeñarse en hacé-noslo creer, que, siquiera por no disgustarles, vamos á creer que en el partido hay no sólo uno, sino lo menos dos docenas de *Gapones*.

También ha sido bastante gedeónica la entrada de algunos nuevos ministros en sus respectivos departamentos.

En *Agricultura*, por ejemplo, más que la entrada de *Vadillo* chocó la salida de *Cárdenas*.

¡*Vaya una salida*, señores!

¡Miren ustedes que estar setenta y tantos años, ó más, preparando planes salvadores de nuestra *Agricultura*, para salir luego regalándole á *Romero Robledo* cincuenta y pico mil duros!

Confesemos que, como salida, habrá habido pocas de este calibre.

¡Y aún dijo el hombre en su discursi-to de despedida que lamentaba que no le hubiesen dado tiempo para desarrollar todo lo que pensaba hacer!



—*Tiempo, tiempo es lo que le ha faltado á V. E.*—le dijo *Gedeón*,—que lo lo que es los mimbres, ya los habíamos visto... y el cesto también.

Parece ser que el *Presidente del Consejo* tenía pensado ofrecer el gobierno civil de *Madrid* á su excelente amigo *D. Santiago Alba* (a) el *Pollo de Valladolid*.

Pero parece ser también que nuestro celosísimo amigo y gobernador el conde de *San Luis* se agarra al bastón de borlas

como se agarra el muérdago á la encina,

y no lo suelta ni á tres tirones.

Otro tanto sucede con otros varios sujetos á quienes *Villaverde*, por el buen parecer, pidió con la boca chica que retiraran sus dimisiones, y, en efecto, las han retirado y siguen comiendo á dos carrillos como unos hombreritos.

Total, que *Santiago Alba* y otros varios *villaverdistas* conspicuos se han quedado, como quien dice, compuestos y sin momio.

Ayer vimos al *Pollo de Valladolid* paseando por el *Retiro* con una de esas corbatas que huelen á *Acera de San Francisco* á cien leguas.

—¿En qué está usted pensando?—le preguntamos.—¿En la superioridad de los anglosajones?



Y nos contestó con una sonrisa más esquinada que la cara isósceles de *Villaurrutia*.

—Sí, sí; ¡para anglosajones, los amigos de *Maura*!...



EL FENÓMENO DEL NUEVO GOBIERNO
EL HOMBRE DE LAS TRES LENGUAS

PRESENTADO EN LIBERTAD, PROTEGIDO Y ENVIDIADO POR EL PRESIDENTE